

Lacan Quotidien



N° 896 –Martes 24 noviembre 2020 – 10 h 25 [GMT + 1] – lacanquotidien.fr



¿Duermen?

A CONTINUACIÓN

¿Pero, es sólo un sueño? Por Philippe La Sagna

El diván. Siglo XXI. ¿Mañana la mundialización de los divanes?

Hacia el cuerpo portátil Por Jacques-Alain Miller



¿Pero, es sólo un sueño?

Por Philippe La Sagna

Tenemos el gusto de difundir el texto de la intervención prevista para la apertura del XII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, que debía celebrarse en Buenos Aires este año, sobre el tema “El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana”. Hacia 2022 y el próximo Congreso en Paris, ¡leámoslo hoy mismo! - La Redacción.

“La Interpretación de los sueños” es un libro que tiene un poco más de ciento veinte años. También es el nombre de una construcción iniciada por Freud, de una compañía en la cual muchos se apresuraron por participar. Al comienzo, este libro fue el único manual de psicoanálisis abierto a las contribuciones de todo el mundo. En un momento determinado Freud fijó el estado actual del texto y no quiso modificarlo más. Algunas problemáticas que se volverán a encontrar posteriormente, principalmente en lo que respecta al más allá del principio de placer, no figuran más allí; del mismo modo, un capítulo redactado por Otto Rank, incluido en el volumen del momento, ha sido retirado. En una carta de 1911 a Samuel Jankélévitch, Freud considera que la obra no es traducible al francés. [1]

Soñador e intérprete

Freud se preguntaba si los sueños podían ser comunicados. En 1930 escribía en una nota de “La interpretación de los sueños”: “casi nunca he comunicado la interpretación completa de uno de mis propios sueños, tal como yo la conocía.” [2]

Es necesario pescar que lo que Freud temía era que el deseo del soñante, del sujeto Freud aquí, fuera borrado. Incluso pudo proponer a los traductores abordar sus propios sueños en lugar de los suyos [3], lo que hizo Abraham A. Brill, por ejemplo, en Estados Unidos. Esto, sin duda, permitió

aclarar por qué Freud, en las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, puede decir que “el sueño no es en sí una manifestación social, un medio para entenderse. En efecto, no comprendemos lo que el soñante quiso decirnos, y tampoco él mismo lo sabe mejor.” [4]

Silvia Baudini y Fabián Naparstek, en su presentación del XII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, subrayan que “¡Los sueños no son transparentes!” [5] Si Freud hace esta observación es porque en cierto momento se volvió un juego en los salones hablar de los sueños e interpretarlos. ¡Un nuevo lazo social se había encontrado! El enfoque de Freud sigue otro camino.

El método de la interpretación de los sueños de Freud pasa por la asociación libre que permite acceder a los “pensamientos latentes del sueño”. El método de la asociación supone “hacer el menor caso posible [...] del *sueño manifiesto*”. [6] La interpretación que libra las asociaciones, según Freud, no es más que la condición previa a la interpretación del analista que formula “aquello que el paciente sólo convocó”. [7] Las formulaciones así comunicadas al paciente suponen un trabajo de construcción del analista. Freud no tiene miedo de intervenir: nosotros “completamos las indicaciones, extraemos conclusiones irrefutables, enunciarnos aquello que el paciente sólo convocó en sus asociaciones”. [8] En efecto, para él lo que así parece agregarse al sueño por la vía de las asociaciones o por construcción a través de la lectura de los símbolos en particular, forma parte del sueño. El sueño interpreta, pero también todo lo que vendrá a comentarlo, modularlo, asociarse a él, interpretarlo, forma parte de él –¡esto pertenece al sueño!–. Vemos aquí que Freud no se sitúa en tanto psicólogo. Freud, con la *Traumdeutung*, es el soñador y el intérprete inseparablemente.

El agujero que despierta

Si el sueño no apunta a ser comunicado, es porque sirve para otra cosa. Freud nota que, si el sueño sirve al Yo y al deseo de dormir, satisface sobre todo un deseo pulsional bajo la forma de un cumplimiento de deseo alucinado. [9] Esta satisfacción del deseo es vivida como presente. Y para Freud este deseo puede formularse en una frase. Así, el sueño oscila entre imágenes, figuración y, por lo tanto, semblante, pero también enunciado, lenguaje. Y, sobre todo, proporciona una satisfacción real.

Lacan primero quiso reducir esta satisfacción a un efecto de gramática, a la forma verbal de lo cumplido para, más tarde, reconocer en el sueño la presencia de un plus-de-goce. Es este real pulsional precisamente, este goce mismo, que corre el riesgo de provocar el despertar del soñante. Lacan en 1975 nos indica que lo que Freud designaba por este real pulsional es, antes que nada, un agujero en el lenguaje, en el significante, en lo corporal, aquel del origen del sujeto. [10]

No querer despertarse

Entonces, ¿cómo evitar el despertar? Diciéndose a sí mismo: “¡Pero, es sólo un sueño!”

Esto provoca la pregunta del sueño dentro del sueño. Para Freud calificar de sueño al sueño, en su contenido mismo, no lo devalúa, sino que busca separarlo de la realidad: “cuando un determinado hecho es situado [como un sueño] dentro de un sueño por el propio trabajo del sueño, ello implica la más decisiva corroboración de la realidad de ese hecho, su más fuerte *afirmación* (*Bejahung*: decir sí). El trabajo del sueño usa al soñar mismo como una forma de repulsa y así da testimonio de que el sueño es cumplimiento de deseo”. [11] El sueño dentro del sueño es entonces, huella de una repulsa que marca que es un cumplimiento de deseo y en el fondo, índice de lo real pulsional. *Es sólo un sueño* marca para nosotros la huella de lo real del goce, en tanto que el sujeto lo rechaza.

Reencontramos este tema un poco más lejos en el texto: *pero, es sólo un sueño* apunta a dormir una instancia de censura que querría interrumpir el sueño: “Conjeturo que la crítica despreciativa «Esto es sólo un sueño» emerge entonces en el sueño mismo cuando la censura, que nunca se duerme del todo, se ve sorprendida por el sueño que ya dejó pasar”. [12] Devaluamos el sueño para permitirle continuar sin producir el despertar.

Lacan parte de este punto cuando se trata de comentar la observación (de Nacht en *El psicoanálisis de hoy*) “Un sueño, después de todo, es sólo un sueño”, interrogando: “¿No es nada el que Freud haya reconocido en él al deseo?” [13] Esta observación equivale, en efecto, a no querer despertar, no despertarse frente al encuentro del deseo de Freud tan presente en lo que él nos transmite sobre el sueño. Porque si Freud reconoció en el sueño un deseo, es el deseo que se manifiesta y, en particular, el del analista. Freud señalaba que no mucha gente podía, como él, descifrar sus sueños.

El trabajo del sueño

Pero, es sólo un sueño es una observación del sujeto, ahí donde él encuentra un deseo que no es sujeto, avanza Lacan en los *Escritos*. [14] No es entonces el sujeto quien lleva a cabo el trabajo del sueño, sino el sueño por sí mismo. Su primer trabajo es el de la distorsión –tal es la traducción de Lacan del *Entstellung* de Freud–. Si las cosas están así, desplazadas, pero sobre todo distorsionadas, es porque ningún significante puede acordarse a un significado, hay un desplazamiento de uno sobre el otro. Hay un desplazamiento porque en el sueño los lazos del significante al significado están desatados. El sueño nos muestra *lalengua* trabajando. Dicho de otro modo, el sueño utiliza un aspecto del lenguaje, es decir, este desplazamiento del significante sobre el significado. ¿Para manifestar qué? Un real que escapa y, de hecho, jataca los lazos de la significación!

En definitiva, de lo que se trata en el sueño no es representable ya que toca lo real. La *Entstellung*, para Freud, no es más que la huella de este real tras el cual lo lleva su deseo de analista. Lacan también tradujo *Entstellung* por *ex-sistencia*. ¿Qué es lo que existe en el sueño? En primer lugar, las pulsiones. Y si las pulsiones *ex-sisten*, en palabras de Lacan, es porque ellas también son, por excelencia, lo que está desplazado. No están en el lugar que deberían. Lacan anudó lo imposible de escribir y de saber, con este real pulsional: “Es lo que Freud designa cuando habla del ombligo del sueño. [...] De modo que esto designa una analogía, totalmente análoga a lo que acaban de designar como lo real pulsional.” [15] Lacan emplea el mismo término para el deseo en el sueño y para las pulsiones: *Entstellung*, desplazamiento y *ex-sistencia*. Lo que no está en su lugar y no puede estarlo, es lo sexual.

Para Freud, lo esencial del sueño no está en los pensamientos latentes actualizados por la asociación libre. Lo esencial es el trabajo del sueño. La cuestión es saber cuál es el mecanismo que permite pasar del sueño manifiesto a los pensamientos latentes, es decir, este trabajo que supone el efecto de la censura que siempre está al trabajo. Si no hubiera censura, ¿para qué hablar entonces de deseo, de represión, de latencia? Si Freud se interesa tanto en el trabajo del sueño, es porque encuentra allí la huella, que da prueba de una deformación. La deformación que introduce la sexualidad es lo que hace su certeza y, también, lo que buscará en otra parte en su *Moisés*. Buscará la huella de una historia alterada, de un crimen, de una sustitución. En Freud, también es, en efecto, la huella de un asesinato. De “*Tótem y Tabú*” a *Moisés*, pasando por Edipo, la *ex-sistencia* se anuda a la figura imposible del padre muerto y del goce.

Los contemporáneos de Freud fueron seducidos por la interpretación que suministraba la asociación libre, por lo latente, mucho menos por lo sexual. Adler quería que el cumplimiento de deseo alimente la tendencia a tranquilizarse. En lo que respecta a Jung, quería reemplazar los sueños de Freud por sueños de pacientes en la *Traumdeutung*. ¡Ellos soñaban con un sueño tranquilo! Sin duda, es una de las razones que lo llevaron a Freud a escribir en el prefacio a la segunda edición: “Es que para mí el libro posee otro significado, subjetivo, que sólo después de terminarlo pude comprender. Advertí que era parte de mi autoanálisis, que era mi reacción frente a la muerte de mi padre, vale decir, frente al acontecimiento más significativo y la pérdida más terrible en la vida de un hombre.” [16] Freud sigue el camino que le indica su deseo. Este deseo pasa por el trabajo del sueño, como huella misma de la represión de la sexualidad.

Una falta en ser sexuada

Lacan interviene introduciendo un término nuevo para atrapar esta cuestión del deseo en el sueño. Este término es el de la demanda. Esta demanda oscura está en el corazón del sueño, en un *por debajo* de lo que es el deseo, cercano a la pulsión. Como Lacan lo subraya más tarde, antes de querer decirnos algo, hay en el sueño, un *eso quiere*: “cuando interpretamos un sueño, lo que nos guía no es ciertamente *¿qué quiere decir eso?*, tampoco *¿qué quiere para decir eso?*, sino *¿qué es lo que, al decir, eso quiere?*” [17]

En efecto, esta demanda oscura, casi real, que cuando es explícita pasa a ser transitiva, también es lo que debe estar desbordado por haber cruzado un más allá, un vacío, que lo ex-siste. Es el deseo que ex-siste a la demanda. En ese sentido, si el sueño demanda también su interpretación, no le damos verdaderamente satisfacción, para que lo que se satisfaga en el sueño venga a la luz, y para que el inconsciente pueda interpretarse.

Lacan necesitará tiempo para percatarse que el vacío, en el sueño, está ocupado por el objeto causa del deseo. Hay demanda en el *Wunsch* de Freud, pero como lo precisa Lacan en 1977: “El sueño difiere, *différend*, de diferenciar de modo ciertamente no manifiesto, y por completo enigmático – basta con ver el trabajo que se toma Freud– entre lo que conviene llamar una demanda o un deseo. El sueño demanda cosas, pero allí otra vez, la lengua alemana no le sirve a Freud, ya que no encuentra modo para designarla sino llamándola anhelo, *Wunsch*, que, en resumen, está entre demanda y deseo.” [18]

En esta falta, en este vacío más allá, para Lacan, la cuestión es ser, no tener. El deseo no es del campo del tener, él afecta al ser. Lo que es deseo no es sujeto, sino presencia de la *falta en ser* en el sueño. Sólo que, es una falta en ser sexuada, de un sexuado que habla. El soñador es un *parlêtre*. El sexo, en el sueño como en cualquier otro lado, es un decir. Lacan es el único que atrapa que el decir de Freud es: *No hay relación sexual*. Entonces, por eso y para eso, *hay el sueño*.

La falla del soñador enmascarado

Lacan indica que “el sueño, nos dice Freud, es esencialmente egoísta, así nos presenta el sueño, tenemos que reconocer la instancia del *Ich* bajo una máscara, pero también es en tanto que no se articula como *Ich* que se enmascara, que está ahí.” [19] Y es justamente por ello que este *yo* ausente es representado en el sueño por una multitud, aquella de todos los pequeños otros que pueblan el sueño y que también son el soñador, pero nunca “yo”. El deseante está así condenado a estar disperso y a aparecer bajo una máscara social.

Borges dice: “las máscaras siempre me dieron miedo” [20] –hay esto en común con mi pequeña hija–. De niños, tenemos miedo a lo que hay detrás de la máscara del Otro del adulto. De adultos, podemos, como Borges, pensar en arrancar la máscara: “Tengo miedo de arrancar la máscara porque tengo miedo de ver mi verdadero rostro, que imagino atroz. Ahí puede estar la lepra o el mal o algo más terrible que cualquier imaginación mía.” El despertar será siempre un intento de extracción del sujeto de esta multitud soñada y que sueñan porque *yo* se encuentre en el despertar. Pero *yo* no quiere saber lo que hay detrás de la multitud y sus máscaras. Es un falso despertar. ¡Hoy en día nos aconsejan mantenernos enmascarados!

Lacan, entonces, señala que el deseo de dormir es cómplice del deseo del sueño evitando la realidad que se encuentra al despertar. Pero, es cómplice hasta cierto punto. No quiere que se revele lo deseante, es decir, el pequeño *a*, el sujeto en tanto que él –no *yo*, sino *él*– es un objeto *a*. La multitud sirve también a esta disimulación de nuestro ser *a*.

Es el libro el sueño de la mariposa: “Zhuangzi soñó que era una mariposa, una mariposa revoloteando felizmente. No sabía que él era Zhuangzi. De repente, despertó y era palpablemente Zhuangzi. No supo si era Zhuangzi, quien había soñado que era una mariposa, o una mariposa soñando que era Zhuangzi. Ahora, debe haber una diferencia entre Zhuangzi y una mariposa. Esto es llamado la transformación de las cosas.” [21] Así, en el mismo capítulo titulado «De la unificación», Tchouang-Tseu puede decir: “No sabemos lo que soñamos cuando soñamos e interpretamos nuestros sueños soñando. [...] Es sólo en el gran despertar que nos enteramos de que teníamos un gran sueño. El [sujeto] que se cree despierto cree distinguir un príncipe de un pastor. ¡Qué pretensión! Confucio y tu [son] sueños, y yo que te digo que tú eres un sueño soy también un sueño”.

Para Lacan, Tchouang Tseu es una mariposa, cuyas alas están cubiertas de ocelos, una mariposa que es una mirada. Pero, en el fondo, ¿el sueño de Lacan no era el de “realizar”, hacer presente este objeto del sueño inasimilable al despertar, un objeto que hace límite al saber, a los semblantes del mundo, un objeto de sueño o el sueño de un objeto?

El trabajo del sueño no se termina ahí, en la deformación, en el objeto. Es como si no alcanzara con que las cosas sean deformadas. Es necesaria la elaboración secundaria. El sueño comporta agujeros. ¿Y entonces? La elaboración secundaria los va a tapar. Ella hace que el sueño sea comprensible, es decir, comunicable y, por lo tanto, común. Existe así una función que apunta a construir una fachada al sueño, a hacerlo socializable, comunicable, presentable y coherente. Esta fachada a menudo es tomada del fantasma, del sueño diurno, según Freud, o de la fantasía, la cual percibimos que categoriza del lado imaginario. [22] Estos fantasmas son, siempre según Freud, edificados sobre la base de los recuerdos de la infancia, “mantienen con las reminiscencias infantiles, a las que se remontan, la misma relación que muchos palacios barrocos de Roma con las ruinas antiguas, cuyos sillares y columnas han proporcionado el material para un edificio de formas modernas.” [23]

El sueño permite también figurar, de paso, los elementos que indexan directamente el goce. Es lo que Freud califica con el término *Überdeutlich*, traducido en general por “ultra claro” o “anormalmente claro”.

El *Über* está, por cierto, al trabajo en cada etapa. El sueño hace que lo irrepresentable sea traducido por lo representable. Por ejemplo, ciertos elementos del sueño llegan a representar a otros movidos por la transferencia. La transferencia es, antes que nada, un recurso del sueño – es el *Übertragung*. Por esta razón, el caso de Dora es el análisis de un sueño y, a la vez, de una transferencia. Además, la convicción del paciente debe pasar por un nivel más elevado, aquel del *Übertragung*. Es lo que provee la construcción del análisis cuando es comunicado por el paciente. Esta convicción también es lo que aporta el carácter repetitivo del sueño. Para Lacan, lo que despierta no es la realidad, sino la realidad fallida. Y lo que es fallido es la realidad de la causa en sí misma, que escapa. Para Freud, en el sueño del niño que arde, es el padre quien falla la realidad del hijo. La falla del padre se apodera en el sueño de un otro, de un anciano, que hace que la realidad falle. En el sueño, ¡busquen, entonces, la falla!

En el vacío de la realidad fallida

Es en este vacío de la realidad fallida en el sueño que se aloja la realidad psíquica. Lacan indica no interpretar al padre. ¿Pero, no es ésta la falla de Freud en este sueño, en su deseo conectado a la cuestión del padre? Freud, padre también de los analistas, se convierte en aquel que nos proporciona la poca realidad. Esta falla de la realidad del padre excava para Freud un lugar, una playa. En este lugar pueden alojarse un deseo y otra realidad, aquella del inconsciente. Esa es la nueva repartición en el mundo, un nuevo sentido a la cuestión del realismo, de la realidad.

En el lugar de lo fallido viene la repetición. Lacan, en su *Seminario 11*, habla del sueño del niño que arde como un homenaje a la realidad fallida: “la realidad que ya sólo puede hacerse repitiéndose indefinidamente, en un despertar indefinidamente nunca alcanzado”. [24]

Lo que de nosotros es lo más real

Para Lacan, el sueño de Freud nos indica un despertar hacia lo real, un real que sobrepasa la cuestión del padre. La ausencia de despertar a la realidad del inconsciente, el despertar imposible, se torna más real que aquel proporcionado por la realidad del movimiento del mundo. Es más que un despertar. Es más, para Lacan, que la realidad que aporta el padre freudiano, aquella que pasa por la castración. También es más que lo que nos promete “la realidad” de la ciencia. Para Lacan, la realidad en el sueño es un medio que nos proporciona, por su falla misma, el acceso a otra cosa, a lo que está en juego de lo real en el inconsciente.

Y observen que la repetición tiene la carga de esta nueva realidad. La repetición del sueño traumático restituye al sujeto la impronta de una realidad imposible de atrapar, precisamente aquella del acontecimiento traumático, que ahora se convirtió en una “realidad psíquica”. Ahí donde el despertar es imposible, él nos proporciona, en su imposibilidad, el despertar a este algo de nosotros que es lo más real.

El sueño es una equivocación

¿Qué pasa cuando soñamos? Borges, quien se hace la pregunta, evoca a Shakespeare y afirma que, en el sueño, puede que “seamos alguien, alguien que es lo que Shakespeare llamó *the thing I am*, “la cosa que soy”, quizá seamos nosotros, quizá seamos la Divinidad”. [25]

Lacan nos indica, en el “Prefacio a la edición inglesa del *Seminario XI*”, que el inconsciente sueña con la verdad. Podríamos pensar que sueña con la realidad porque es freudiano, porque transfiere a Freud. Esta verdad, para Lacan, participa del espejismo, del sueño, ya que “sólo cabe esperar la

mentira”. [26] Aquella del síntoma, por ejemplo, *proton pseudos*, decía Freud. El sueño no es el síntoma. Lacan en su *Seminario 2*, nos dice que no tienen en común más que una gramática. Agrega: “son tan diferentes como un poema épico y un trabajo sobre la termodinámica”. [27] Lo que los distingue es la duración, en el tiempo: “un síntoma siempre está insertado en un estado económico global del sujeto, mientras que el sueño es un estado localizado en el tiempo, en condiciones extremadamente particulares. El sueño no es más que una parte de la actividad del sujeto, mientras que el síntoma se despliega en varios terrenos.” [28] En efecto, el síntoma es la permanencia de un modo de goce, es la elección de un *partenaire*, es lo real cuando es imposible a soportar, es lo que teje una existencia, es un arte. Observemos que sueño y síntoma participan de la escritura – incluso si el sueño empuja para el lado de la literatura, más del poema de transferencia, y el síntoma, para el lado del matema. Al final de la cura, esta distinción se borra un poco. El sueño toma la configuración del síntoma, se pone en su diapason. El sueño, es un instante que se sueña eterno. Y en este caso es, como lo subraya Lacan, el sueño de un despertar: “La ausencia de tiempo, es algo que se sueña, es lo que se llama la eternidad, y ese sueño consiste en imaginar que uno se despierta”. [29]

Nuestro síntoma, con Lacan, es lo real. Entonces, ¿un sueño es sólo un sueño? Lo real del sueño, este agujero que queremos tapar con la tapicería de nuestros fantasmas, ¿puede desplazar también el síntoma? Freud nos indicó con el sueño una vía regia, sin dudas porque él también es un trozo de lo real de la una equivocación. El sueño es una equivocación porque, a falta de verdadero despertar, el sueño falla también. Falla la realidad. Falla el despertar. Un sueño es un trozo de azar que nos hace signo, de lo que falla y logra hacernos tocar un trozo de real.

Lo que nos hace decir que no es sólo un sueño también es que quisiéramos tejer con nuestros sueños un destino. Pero cada sueño, tomado en serio, agujerea cualquier noción de este destino. Ellos, entonces, no nos encadenan, sino que nos proporcionan una salida. Decir *es sólo un sueño* es la equivocación para no despertarse. Sin duda, porque el sueño “es una obra de ficción”. [30] El sueño no deja de estar relacionado con nuestros fantasmas. Es su fuerza, su poesía y su debilidad respecto a lo real. Lacan hizo de esto una prueba de verdad para los analistas: ¿Su sueño lo hizo salir del espejismo de la verdad? ¿Su inconsciente se puso a soñar con lo real antes que con lo verdadero? ¿Podría mostrárnoslo?

¿Por qué necesitamos del despertar hoy?

Pero, me dirán ustedes, ¿por qué necesitamos del despertar? Nuestra época muestra que, al dormir colectivamente, pondremos pronto fin a los sueños humanos terminando por matar el planeta. El síntoma humano, es la polución: detectamos la presencia del hombre a través del desecho. Esto no es nuevo.

Lo que también mata el planeta es la pesadilla científicista, que puede seducir, ya que hace creer que nos liberará de lo verdadero, para poner en su lugar lo verificado que excluye lo real. Lo científicista es un discurso que ordena no tomar a los sueños en serio, entonces, prohibido Freud. Este discurso no captó que hay reales: hay el de la ciencia, el del arte y de la literatura y el del psicoanálisis, es decir, el del síntoma. El síntoma nos muestra “el artificio de los canales por donde el goce viene a causar lo que se lee como el mundo”. [31] La búsqueda de Freud para hacer valer la realidad psíquica se mantiene en lo que se muestra hoy en día, nos indica Jacques-Alain Miller: “El acontecimiento de cuerpo que es el goce aparece como la verdadera causa de la realidad psíquica”. [32]

Tomar la medida de este nudo, siempre triple, de lo real, quizás nos permitiría no arrojar al mar y más allá de nuestras fronteras a los soñadores, todos los *dreamers*, todos aquellos que quieren una vida mejor. El psicoanálisis, con los sueños, nos muestra agujeros, faltas en donde alojar lo posible. Como nos indica J.-A. Miller, Lacan, habiendo partido del ser, supo atrapar lo que hace agujero en el sueño. Joyce también nos condujo allí a su manera, porque *Finnegans Wake* también es un sueño que gira en torno al agujero, agujero que yace en un espiral de *lalengua*. Los fantasmas contemporáneos – de entre los cuales la ciencia constituye el grueso de las tropas, cuando es científicista – están ahí para tapar los agujeros que la literatura, que necesita el sueño, y el psicoanálisis, después, continúan profundizando. Los fantasmas científicistas nos prometen el transhumanismo, que no logra ocultar que siempre es un transexualismo mucho más pansexual que Freud y apunta a asegurar un plus-de-goce que nos vela ya la pérdida del goce que sería necesario.

El trabajo del sueño es el de mantener el agujero abierto, mantener la huella del *Ent-stellung*, o sea, la ex-sistencia de un *hay*. Es nada menos que mantener la huella distorsionada de la ex-sistencia humana, de su exilio de origen; una ex-sistencia que no es humana sin los sueños, sin el inconsciente.

A finales del siglo XX, creímos salir de la subordinación, incluso del sometimiento al padre, a la ley. Se evitaba, entonces, al padre creyendo escapar de lo peor. Pero, si ya no soñamos más juntos, entonces estaremos en algo peor que el sometimiento, en la lealtad muda al científicismo, al capitalismo liberal, a las “democracias iliberales”, a las burocracias sanitarias. Acamparemos en esta fraternidad falsa de los mismos, que excluye todos los otros, todos los sueños y los soñadores.

La democracia es la condición del psicoanálisis, pero lo inconsciente y sus sueños es la condición de la democracia.

Traducción: **Guillermina Laferrara**

- 1: Cf. carta citada por Marinelli L. y Mayer A., *Rêver avec Freud*, Aubier, Parris, 2009, p. 179-180.
- 2: Freud, S., “La interpretación de los sueños”, *Obras completas*, Vol. 4, Amorrortu, Buenos Aires, 1975, p. 127 nota 13.
- 3: Cf. Bernays, E., « Correspondance avec Freud », trad. S. Aumercier, *Le Coq-héron*, n° 194, septembre 2008, p. 86, disponible en internet.
- 4: Freud, S., «Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis», *Obras completas*, Vol. 22, Amorrortu, Buenos Aires, 1991, p. 9.
- 5: Baudini, S. y Naparstek, F., “El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana”, presentación del XII Congreso de la AMP, disponible en el sitio del congreso www.congresoamp2020.com
- 6: Freud, S., “Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis”, *Obras Completas*, *op. cit.*, p. 10
- 7: *Ibid.*, p.12
- 8: Cf. *Ibid.*, p. 12.
- 9: Cf. *Ibid.*, p. 12
- 10: Cf. Lacan J., « L’ombilic du rêve est un trou. Jacques Lacan répond à une question de Marcel Ritter », *La Cause du désir*, n° 102, juin 2019, p. 35-36.
- 11: Freud, S., « La interpretación de los sueños », *op. cit.*, p. 343.
- 12: Freud, S., « La interpretación de los sueños (segunda parte) », *Obras completas*, Vol. 5, Amorrortu, Buenos Aires, 1991, p.485.
- 13: Lacan, J., «La dirección de la cura y los principios de su poder», *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2009, p. 590.
- 14: Cf. *ibid.*, p. 629.
- 15: Lacan, J., « L’ombilic du rêve est un trou... », *op. cit.*, p. 37.
- 16: Freud, S., “La interpretación de los sueños”, *op. cit.*, p. 20.
- 17: Lacan, J., *El Seminario*, libro 16, *De un Otro al otro*, texto establecido por J.-A. Miller, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 183.
- 18: Lacan, J., «Apertura de la sección clínica», *Ornicar ?*, n° 9, abril de 1977, p. 10.
- 19: Lacan, J., « La lógica del fantasma », curso del 18 de enero de 1967, inédito.
- 20: Borges, J. L., *Conférences*, Paris, Gallimard, coll. Folio essais, 1985, p. 43 & 44.
- 21: Tchouang-Tseu, *Le Rêve du papillon*, Paris, Albin Michel, 1994, p. 34 & 33.
- 22: Cf. Freud, S., “La interpretación de los sueños”, *op. cit.*, p. 488.

23: *Ibid.*, p. 489

24: Lacan, J., *El seminario*, libro 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2013, p. 66.

25: Borges, J. L., *Conférences*, *op. cit.*, p. 38.

26: Lacan, J., «Prefacio a la edición inglesa del *Seminario XI*», *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012, p. 600.

27: Lacan, J., *El Seminario*, libro 2, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica.*, Paidós, Buenos Aires, 2008, p. 187.

28: *Ibid.*, p. 187.

29: Lacan, J., « Une pratique de bavardage », texto establecido por J.-A. Miller, *Ornicar ?*, n° 19, enero 1979, p. 5.

30: Borges, J. L., *Conférences*, *op. cit.*, p. 36.

31: Lacan, J., «Postfacio al *Seminario XI*», *Otros Escritos*, *op. cit.*, p. 533.

32: Miller, J.-A., « El ser, es el deseo », disponible en el sitio del XII Congreso de la AMP www.congresoamp2020.com



El diván. Siglo XXI.

¿Mañana la mundialización de los divanes?

Hacia el cuerpo portátil

Por Jacques-Alain Miller

Entrevista realizada por Éric Favereau, publicada en *Libération*, 3 de julio 1999
Serie “An 2000. Los objetos del siglo”. [1]

¿Cuál es el papel del diván en psicoanálisis?

El diván es ciertamente el objeto emblemático del psicoanálisis. Pero al mismo tiempo, el diván no define al psicoanálisis. Hay análisis que se desarrollan perfectamente cara a cara, estando el paciente sentado en un sillón. Para algunos pacientes es incluso necesario que sea así. Por ejemplo, cuando el diván toma la significación de estar a merced del otro, de estar librado a su capricho. Es un fantasma. Pero, bueno, es cierto que el paciente se desplaza hasta el analista, que está en posición de demanda, que ésta comporta cierta dimisión, cierta sumisión al otro, y que el diván puede representar eso.

¿El diván es sin embargo el objeto del psicoanálisis?

El objeto en psicoanálisis es más bien el psicoanalista mismo. Él tiene su lugar en vuestra serie, al lado del Bic y de la píldora. Freud inventó un objeto nuevo, alguien capaz de hacerse este objeto. Un objeto muy particular que permite a otro experimentarse, él, en tanto sujeto, como hablando sin saber lo que quiere, ni lo que dice, ni incluso a quien. El diván representa el umbral de este mundo de los limbos. Pero el objeto duro es el psicoanalista. Es la novedad. Aunque la clínica siempre se ha hecho cerca de una cama.

¿El diván solo sería entonces una cama?

Sí, el diván es siempre una especie de cama. Es una cama que no tiene interior: uno no se desliza entre sus sábanas, se extiende sobre su superficie. Como un yacente, con las evocaciones mortíferas que pueden girar alrededor suyo. Es el verso de Baudelaire: “Divanes profundos como tumbas”. La cama es de ordinario el lugar donde uno reencuentra su cuerpo, el cuerpo que ha olvidado en la vida activa, se encuentra también allí el cuerpo de un otro. El diván es por el contrario una cama en un lugar. Hace presente la relación sexual, y al mismo tiempo pone de manifiesto su ausencia. Quizás podría decirse que el diván es un vestidor donde se deposita el cuerpo, donde uno se despoja del cuerpo activo, donde se abandona también el cuerpo imaginario, la imagen de sí. Queda entonces un tercer cuerpo, el cuerpo que es nuestro harapo, ese desecho que el sujeto arrastra tras suyo, y que le es tan querido.

Finalmente el diván se revela más importante que previsto...

En tanto que mueble, el diván es importante, como el cubo de basura de Beckett. Encarna la siguiente paradoja: es preciso aportar su cuerpo a la sesión, y al mismo tiempo, hay que despojarlo. El diván es una máquina, una multiguillotina, que amputa el cuerpo de su motricidad, de su capacidad de actuar, de su estatura erigida, de su visibilidad. Materializa el cuerpo abandonado, el cuerpo quebrado, el cuerpo abatido. Estirarse en el diván es devenir puro hablante, al mismo tiempo experiencia de sí como cuerpo parasitado por la palabra, pobre cuerpo enfermo de la enfermedad de los hablantes.

¿Cuál es el porvenir del diván?

La tecnología elabora modos de presencia inéditos. El contacto a distancia en tiempo real se ha banalizado en el curso del siglo. Ya sea el teléfono, ahora el portátil, Internet, la videoconferencia. Esto continuará, se multiplicará, se hará omnipresente. Pero, ¿la presencia virtual tendrá finalmente una incidencia fundamental sobre la sesión analítica? No. Verse y hablar no constituye una sesión analítica. En la sesión, hay dos juntos, sincronizados, pero ellos no están allí para verse, como pone de manifiesto el uso del diván. La copresencia en carne y hueso es necesaria, aunque sólo fuera para hacer surgir la no relación sexual. Si se sabotea lo real, la paradoja se desvanece. Todos los modos de presencia virtual incluso los más sofisticados, tropezarán con eso.

En suma, el diván permanecerá

La presencia permanecerá. Y cuando más se banalice la presencia real, más preciosa será la presencia real. Entonces, el gran cambio lo veo más bien en relación a los transportes: la aceleración de los desplazamientos, el bajo precio, con el avión de fuselaje amplio, el TGV, todo lo que convierta cada vez más al cuerpo propio en “portátil”. Antes, hacerse analizar por Freud exigía residir en Viena o en Londres. Hoy en día se puede vivir en Milán o incluso en Buenos Aires, y hacerse analizar en París, o viceversa. ¿Está próximo el transporte supersónico de masas? Eso sería la mundialización de los divanes.

Traducción: **Margarita Álvarez**

[1] Disponible en: https://www.liberation.fr/cahier-special/1999/07/03/le-divan-xx1-e-siecle-demain-la-mondialisation-des-divans-vers-le-corps-portable-par-jacques-alain-m_278498

Lacan Quotidien, « *La parrhesia en acte* », est une production de Navarin éditeur

1, avenue de l'Observatoire, Paris 6^e – Siège : 1, rue Huysmans, Paris 6^e – navarinediteur@gmail.com

Directrice, éditrice responsable : Eve Miller-Rose (eve.navarin@gmail.com).

Éditorialistes : Christiane Alberti, Pierre-Gilles Guéguen, Anaëlle Lebovits-Quenehen.

Maquettiste : Luc Garcia.

Relectures : Sylvie Goumet, Michèle Rivoire, Pascale Simonet, Anne Weinstein.

Électronicien : Nicolas Rose.

Secrétariat : Nathalie Marchaison.

Secrétariat générale: Carole Dewambrechies-La Sagna.

Comité exécutif: Jacques-Alain Miller, président; Eve Miller-Rose.

Responsable de la traducción al español: Secretaría de Biblioteca de la EOL

Secretaria: Alejandra Loray

aleloray@hotmail.com

Responsable *Lacan Cotidiano* - (Selección de Artículos): Marita Salgado

marita.salgado2@gmail.com

Maquetación: Gabriela Cuomo

Traducciones de este número:

Guillermina Laferrara, Margarita Álvarez

Revisión de las Traducciones: Marita Salgado